



### AGENDA DEL MAR ABRE FOTOCOCONCURSO

La convocatoria, disponible en su sitio web, estará abierta hasta el martes. Este año, los premios superan los 70 millones de pesos.

# Un nuevo papel con el Medioambiente



Sectores como cosméticos y alimentos tienen gran potencial en bioeconomía, dicen expertos. Foto: iStock

## Expertos aseguran que sí se puede vivir de la biodiversidad

Hoy, la bioeconomía no representa ni el 1 por ciento del PIB, cuando podría alcanzar hasta el 3 %, cifra cercana al sector agropecuario.

EDWIN CAICEDO - REDACCIÓN MEDIOAMBIENTE | @CaicedoUJros

En un país que alberga cerca del 10 por ciento de la biodiversidad del planeta, la pregunta no debería ser si es posible vivir de ella, sino por qué aún no se ha hecho una apuesta contundente para transformar esa riqueza natural en desarrollo sostenible.

Para Claudia Vásquez, directora de The Nature Conservancy (TNC) Colombia, y Andrés Zuluaga, director de Conservación de esta misma organización, el país tiene todo para que la bioeconomía sea una fuente de ingresos significativa. Sin embargo, el sector ni siquiera representa hoy el 1 por ciento del PIB, cuando podría alcanzar hasta el 3 por ciento, una cifra cercana a la del sector agropecuario.

La bioeconomía —explican— implica usar la biodiversidad de manera responsable, garantizando beneficios tanto para la naturaleza como para las comunidades que habitan los territorios donde se originan los recursos. Se trata de un “gana gana” en el que los ecosistemas no son sacrificados para producir bienes, sino que se conservan y se fortalecen. “No debe verse como un recurso que se agota, sino como algo que puede regenerarse si se manejan bien las estrategias”, subraya Vásquez.

Sectores como los cosméticos, alimentos, medicamen-

tos, aceites, biotecnología, bioinsusos agropecuarios y tintes naturales para alimentos figuran entre las mayores oportunidades para aceites usados en el sector automotor o nuevos metabolitos para mezclas alimenticias”, añade Zuluaga. Y aunque en Colombia ya existen iniciativas exitosas, estas enfrentan serias barreras logísticas y burocráticas que frenan su escalamiento.

Ambos expertos coinciden

en que para avanzar se requiere más que voluntad. Hacen falta una infraestructura sólida, incentivos estatales, financiación adecuada y alianzas público-privadas sólidas. “Muchas veces las comunidades están a horas de distancia río abajo del punto más cercano para comercializar sus productos. Sin cadena de frío o vías adecuadas, ese potencial se pierde”, dice Zuluaga.

Vásquez destaca el ejemplo de una empresa nacional que

durante 30 años ha producido artículos de aseo y tintes alimenticios a partir de la biodiversidad, incluyendo acuerdos con campesinos y uso de especies nativas. Sin embargo, enfrenta trabas administrativas que desincentivan la inversión.

A nivel internacional, países como Brasil ya han logrado avances notorios con casos como el de Natura Cosméticos. En Colombia, TNC trabaja junto con el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y Natura para mapear el potencial de emprendimientos bioeconómicos en departamentos como Caquetá y Guaviare. También tienen alianzas con el Instituto Humboldt y Ecopetrol —empresa que, en el marco de su transición energética, podría ser un actor clave—.

Zuluaga enfatiza que el fortalecimiento de los mercados es una condición esencial para que estas iniciativas sean viables. “Muchas de las iniciativas asociadas a la biodiversidad pueden ser rentables, pero si no hay un mercado que pague justamente por esos precios, va a ser muy difícil que se aplaquen”, señala.

El experto considera clave que grandes empresas desarrollen líneas de negocio ligadas a la biodiversidad y que los medios de comunicación puedan a colocar esta conversación en la agenda nacional. “Necesitamos que el país más biodiverso del planeta deje de desaprovechar esas

ventajas que tiene”, insiste.

Por su parte, Vásquez resalta la necesidad urgente de contar con incentivos estatales que impulsen el crecimiento de la bioeconomía. “No hay un incentivo estatal que permita acelerar un crecimiento de una economía basada en nuestra biodiversidad”, afirma.

Vásquez también señala que el país debería repensar los mecanismos que, sin querer, han llevado a la pérdida de biodiversidad. En su lugar, propone incentivos dirigidos a quienes presenten modelos de negocio respetuosos con el entorno.

“Hoy en día es muy difícil que un banco preste recursos para desarrollar un producto en el bosque amazónico, aunque ya empieza a ocurrir, pero no es lo común”, advierte.

El mensaje de fondo es claro: Colombia no solo puede vivir de su biodiversidad, sino que necesita hacerlo si quiere conservar sus ecosistemas y mejorar las condiciones de vida en sus regiones más olvidadas.

Pero eso solo será posible si el país logra cerrar la brecha entre el discurso ambiental y las políticas públicas, y si los consumidores, empresarios y gobiernos empiezan a ver la biodiversidad no como un objeto intocable que se debe proteger desde la distancia, sino como una fuente de desarrollo que se puede aprovechar y conservar al mismo tiempo.

## Las turberas, el ecosistema con 10 veces más almacenamiento de carbono que los bosques

EN ZONAS COMO EL AMAZONAS, LA ORINOQUÍA Y LOS PÁRAMOS DE LOS ANDES, ESTOS HUMEDALES SON FUNDAMENTALES

En medio de los humedales de la Amazonia, los morichales de la Orinoquía y los páramos de los Andes se esconde un ecosistema crucial para el futuro del planeta: las turberas, un tipo de humedal ácido en el que se ha acumulado materia orgánica durante miles de años, formando capas de turba que pueden alcanzar hasta ocho metros de profundidad.

Aunque apenas cubren el 3 por ciento de la superficie terrestre, su capacidad de almacenamiento de carbono es monumental: pueden albergar hasta 10 veces más carbono que los bosques tropicales, como las selvas del Amazonas o del Pacífico. “Lo que pasa con las turberas es que el agua nunca baja mucho, entonces se mantienen húmedas todo el

tiempo. Esa humedad impide que los microorganismos descompongan rápidamente la materia orgánica, lo que permite que se acumule por miles de años”, explica Scott Winton, ecólogo en la Universidad de California Santa Cruz. Este ambiente anóxico —sin oxígeno— convierte a las turberas en verdaderos bancos de carbono, vitales para mitigar el cambio climático.

Aunque estos ecosistemas son bien conocidos en regiones como Finlandia, Canadá o Argentina, fue en 2009 cuando su relevancia comenzó a emerger. A partir de allí surgió una hipótesis: Colombia podría ser uno de los países más ricos en turberas del mundo.

Movidos por esta proyección, Winton y Edmundo Mendoza, candidato a doc-

torado en la misma universidad, iniciaron en 2020 un ambicioso proyecto para buscar y estudiar turberas en el país.

El trabajo de campo, desarrollado junto a investigadores locales como Juan Carlos Benavides, que ha estudiado estos ecosistemas en las zonas de alta montaña, reveló la existencia de turberas tanto en los páramos andinos como en tierras bajas amazónicas y en la Orinoquía. “No son zonas continuas de miles de hectáreas, sino parches dispersos en planicies inundables, morichales o aguajales, dependiendo de la región”, detalla Winton.

El valor de las turberas no se limita a la captura de carbono. “También son fuentes de agua de excelente calidad y hábitats muy ricos en



Edmundo Mendoza (c), candidato a doctorado, investiga una turbera en el Caquetá. Foto: Scott Winton

fauna. Muchas comunidades indígenas obtienen frutas, fibras y materiales de construcción de ellas”, explica Mendoza. “La importancia no es que estén capturando carbono rápidamente

hoy, sino que lo han venido acumulando sin perderlo durante miles de años. Si se pierde ese equilibrio hidrico y se secan, ese carbono queda expuesto y puede liberarse a la atmósfera,

agrandando la crisis climática”, advierte Winton.

La amenaza no es hipotética. En Brasil, por ejemplo, investigadores han documentado incendios de turberas en el Pantanal exacerbados por sequías prolongadas. “Cuando la turba se incendia, puede arder por meses debajo del suelo. Es un fuego difícil de apagar y el daño es permanente”, dice Winton.

El reto, aseguran, no es solo científico, sino también cultural y genético. “En muchas zonas, la gente ni siquiera conoce la palabra ‘turbera’. Algunos las llaman ‘chupaderas’, lugares peligrosos donde el ganado se hunde. No ven el valor ecológico que tienen”, cuenta Mendoza y añade que una de las ideas que exploran es su inclusión en mercados de carbono. “Eso podría ser un incentivo para que los ganaderos las preserven, pero aún no existe un sistema maduro para eso”, explica Winton.

Edwin Caicedo - Redacción Medioambiente @CaicedoUJros